

NOTAS DE FILOSOFIA

P. Alfonso López Quintás.

INSISTIR ES PROFUNDIZAR

Pocas actividades gozan hoy de tan buena prensa como la *investigación*: sugestivo vocablo que despierta imágenes de aventura, riesgo y progreso. Investigar es tarea noble y profunda como toda labor de creación. El que investiga sabe que está llevando a la Humanidad a nuevos horizontes por rutas inciertas, pero fecundas.

Investigar es peregrinar en tierra extraña, hallarse en perpetuo estado de alerta sobre el terreno movedizo del país recién conquistado. El investigador es un piloto de pruebas que pulsa el poder de la mente humana ante los diferentes problemas que cada día plantea la ciencia.

El investigador no es necesariamente un rebelde. Prometeo, que roba el fuego a los dioses para revelar su secreto a los mortales. Es un inquieto que intenta penetrar inteligentemente en el secreto de la Naturaleza entendida como un *don*. Investigar es hacer un homenaje a la verdad al traducir a lenguaje humano el sentido enigmático del Universo creado. Más que un acto de *creación*, investigar es un signo de *consagración*: atención despierta y ágil a una realidad que nos supera e incita el ansia legítima de saber.

Esto indica que la cualidad nata del investigador debe ser la *fidelidad*, virtud que en un ser hecho para distenderse en el tiempo se manifiesta como *tenacidad, asiduidad y constancia*.

La fecundidad de la investigación pende de dos factores: *intuición y discurso*. Los grandes hallazgos son debidos a golpes de *intuición*, pero ésta no parte de cero: es un relámpago súbito que salta a lo largo de una prolongada tempestad de esfuerzo tenaz. Cuando se afirma que la intuición es fruto del esfuerzo se está diciendo en lenguaje vulgar que toda intuición humana se monta sobre un discurso, y todo discurso inteligente debe ser subtendido por la energía lumínica de la intuición. He aquí el fenómeno típicamente humano de la *atención*.

Al atender a algo, el hombre está desde el principio tenso hacia un *conjunto de significaciones*, a la par que va lamiendo con la mirada

cada uno de sus aspectos, detalles o perfiles (*Abschattungen*, como decía Husserl). La luz brota a medida que al hilo del discurso se van ganando nuevos horizontes. El discurso será tanto más rápido cuanto más poder tiene el investigador de dominar amplios campos de visión.

La forma humana de ahondar es insistir. El hombre no se repite nunca: aunque parezca estar en el mismo punto, al insistir en él lo toma a un nivel más profundo y gana en perspectiva. Ya sabemos que incluso en el arte musical se dice que no es el mismo idénticamente el *tema repetido*.

Por tener una capacidad limitada de comprensión, el hombre debe volver una y otra vez sobre las mismas realidades para asimilarlas. Cuando se trata de algo superficial, basta una ligera atención para hacerse cargo de ello. Pero si estamos ante una realidad de gran significación, hemos de retornar sobre ella con insistencia, pues *repetir es el modo humano de profundizar*.

Los españoles solemos quejarnos amargamente de la falta de investigación en nuestro país. Nos duele la ausencia inveterada de nombres familiares en la bibliografía científica, y no es infrecuente oír preguntar a los estudiantes la razón por la que se ven obligados constantemente a preparar sus trabajos de seminario con material extranjero. La queja es justa en gran medida, pero bien haríamos en no dedicar a entonar elegías el tiempo que reclama la urgente tarea de saber a qué atenernos a este respecto.

Y lo primero que, a mi ver, hay que subrayar en este complejo tema es la necesidad de *decidirse por un tema y guardarle fidelidad*, en la conciencia de que la constancia es la llave del éxito. La marcha de la ciencia se asienta en dos pilares: los *genios*, que alumbran con sus intuiciones ámbitos nuevos de investigación, y los *investigadores*, que toman una veta y la siguen.

Teniendo esto en cuenta, se descubrirá la post-

bilidad de hacer en gran número de casos una sólida labor de investigación sin gran lujo de medios. Todo consiste en saber acotar inteligentemente un campo. Una vez encuadrada la búsqueda y comprobada la fecundidad del tema seleccionado, lo decisivo es insistir. La Historia está cuajada de nombres ilustres que han pasado a la posteridad por habernos legado una idea poderosa expuesta en un puñado de volúmenes. Sin un temor morboso a la repetición que no responde a fidelidad a las cosas, sino a frívolo afán novedoso, han puesto manos a la obra una y otra vez en constante e implacable superación. Por eso es tan frecuente en los grandes autores la revisión a fondo de sus obras. Pensemos en Kant con su *Crítica de la razón pura*, o en Blondel con *L'Action*. Estudiados al debido nivel de profundidad, se observa que las más diversas obras de los principales pensadores no son sino variaciones del único gran tema que ocupó su vida intelectual. Por eso su lectura produce la emoción de la subida a un monte elevado, que nos depara constantes sorpresas, por elevación de perspectiva. Al contrario, la lectura de autores que dispersan su atención en temas dispares tratados de modo superficial, fatiga, porque el cambio no obedece a una ascensión de nivel, sino a la mutación fílmica meramente puntual del paisaje.

Si se pregunta cuáles han sido los autores que en la actualidad han ejercido mayor influjo en el mundo intelectual, se deberá nombrar indudablemente a los llamados existencialistas: Heidegger, Jaspers, Sartre, Camus, Marcel. Y se da el caso que las obras de éstos giran alrededor de un mismo tema insistente: la *inobjetividad de la existencia humana*. Por eso hay en ellas repeticiones y se vuelve sobre las mismas ideas desde los más diversos puntos de vista, pero siempre a un mayor nivel de hondura. Por eso su lectura resulta fascinante para el que se sumerge en el mundo abierto por esta forma de pensamiento. Pues esto es lo importante en la investigación: abrir mundos nuevos, en los que pueda uno moverse con *libertad creadora*. De ahí la profunda *unidad* que alienta en la labor, tan amplia y densa, de estos pensadores, varios de los cuales no sólo han expresado su idea central a lo largo de sus obras de corte teórico, sino en todos su actividad artística, teatro, novela, ensayo, crítica, composición musical, etc. Y esto no como un mero punto de aplicación o muestrario práctico, sino por exigencias internas de su doctrina, que ve en la vida humana una fuente inexhausta de reflexión. De Marcel es sabido que en sus obras teatrales se deja llevar de la vida interna de los personajes y llega más lejos que en sus trabajos meramente teóricos. Veamos todo esto con algún detalle.

Jaspers inició su labor filosófica con la obra *Psychologie der Weltanschauungen* (1919), en la cual, como advierte él mismo en el prólogo a la quinta edición, ya apunta la preocupación central que inspiraría toda su obra futura: el estudio de la *inobjetividad de la existencia humana*. La persona humana, lejos de reducirse a un mero objeto (Gegenstand), es un algo irreductible, *inasible* (unfassbar), *in-verificable* (unverifizierbar). Esta idea primaria es el núcleo de la obra en tres volúmenes *Philosophie* (1932), que hace ver el carácter amplio, elástico, de los seres no meramente-objetivos, que no se reducen a ser, como las cosas u objetos, algo ocluido en sí mismo, sino que existen (ec-sisten), es decir, viven abiertos a un mundo exterior y a una trascendencia. Estos seres abarcan mucho campo, se dan en un entramado de realidades envolventes. Pero al no ser objetivos estos seres, ¿cómo pueden ser objeto-de-conocimiento? He aquí el problema de vincular la *existencia* (1) y la *razón*, tema que halla una primera formulación en la densa obra *Vernunft und Existenz* (1935)—tal vez la más lograda de Jaspers—, y la debida explicación en el amplio volumen titulado *Von der Wahrheit* (1947). Como vemos, estas obras no son sino hitos en el proceso de investigación de un único tema fundamental. Pero lo notable es advertir que las numerosas obras dedicadas por Jaspers a muy diferentes temas no han tenido otro origen que esta misma preocupación. Piénsese, por ejemplo, en sus trabajos sobre Schelling (2) y sobre Kant (3), centrados en torno a la división sujeto-objeto y al afán de trascender de lo objetivo a lo *in-objetivo*.

De Heidegger es notoria su fidelidad al punto de partida existencial. Y a quienes quisieron ver en las obras inmediatamente posteriores a *Sein und Zeit* un cambio de actitud, dió el autor un rotundo mentís en su ensayo *Vom Wesen des Grundes* (4). La continuidad en su línea mental queda confirmada de modo inequívoco en su obra *Der Satz vom Grund*, en que trata por extenso el problema de la *objetividad*. Pero lo curioso es asimismo, como en el caso de Jaspers, su voluntad de insistir en el mismo tema a propósito de los más diversos motivos: el estudio del lenguaje,

(1) Nótese que este concepto ofrece en la técnica lingüística del pensamiento existencial un sentido sensiblemente distinto al de la Filosofía tradicional. *Existir* significa para los existencialistas una forma peculiar y eminente de darse en la realidad.

(2) Schelling: *Grösse und Verhängnis*. Piper Verlag. München, 1955.

(3) *Drei Gründer des Philosophierens. Plato, Augustin, Kant*. Piper Verlag. München, 1957.

(4) Cf. V. Klostermann Verlag. Frankfurt, 1955, pág. 42, Nota.

el análisis de varios poetas que califica de "esenciales", el origen de la obra de arte y, sobre todo, el estudio acerca de Kant (5), al que interpreta a través no, como es usual, de la segunda edición de la *Crítica de la razón pura*, sino de la primera, para subrayar el papel primordial que en ésta desempeña la imaginación trascendental como facultad de trascendencia propia del ser finito.

Jean Paul Sartre expuso su teoría del *en-sí* y el *para-sí* en su voluminosa obra *L'être et le néant* (1943), en la que con elementos tomados con mayor o menor violencia de los sistemas de Husserl y Heidegger, intenta elaborar una Fenomenología de la vida humana, vista con categorías extrapoladas del mundo sensorial. Sartre triunfa en la descripción morosa, plástica, extraordinariamente vivaz, de lo sensible, y muestra una incapacidad radical para elevarse a lo suprasensible que anida o se expresa de algún modo en lo sensible. De ahí su desesperado intento de prescindir de lo trascendente. Toda su obra escrita—ensayos, novelas, teatro—no tiene otro fin que deshacerse expeditivamente de lo que no admite una plausible explicación a ras de lo sensible. Para ello intenta erigir en módulo de autenticidad el ámbito meramente vital, dejando de lado, como un epifenómeno extraño, el mundo de las significaciones y relaciones específicamente humanas. Véanse, por ejemplo, tres de sus obras más características, el ensayo *L'existencialisme c'est un humanisme* (1962), la pieza teatral *Huis clos* (1947) y la novela *La Nausée* (1938). En la primera resalta el afán de poner al hombre un cerco de inmanencia, cortando el circuito que lo une al Dios trascendente. La segunda se resume en la conocida frase "L'enfer c'est les autres" y la tercera halla su punto culminante en el episodio del jardín que convendría releer a esta luz:

"Estaba, pues, hace un momento en el jardín público. La raíz del castaño se hundía en la tierra justamente por debajo de mi banco. No me acordaba ya de que esto era una raíz. Las palabras se habían desvanecido, y con ellas la significación de las cosas, sus modos de empleo, las débiles marcas que los hombres han trazado en su superficie. Estaba sentado, un poco inclinado, la cabeza baja, solo ante esta masa negra y nudosa, enteramente bruta y que me causaba miedo. Y después tuve esta iluminación.

"Esto me ha cortado el aliento. Nunca, antes de estos últimos días, había sentido lo que quería decir "existir". Era como los

otros, como los que se pasean solos a la orilla del mar con sus vestidos primaverales. Decía como ellos: "La mar es verde; aquel punto blanco, allá arriba, es una gaviota"; pero no sentía que esto existiera, que la gaviota fuera "una gaviota-existente"; de ordinario, la existencia se oculta. Está ahí, en torno de nosotros, en nosotros, es nosotros mismos; no se pueden decir dos palabras sin hablar de ella, y, finalmente, no se la toca. Cuando creía pensar en ella, menester es decir que no pensaba nada; tenía la cabeza vacía, o precisamente una palabra en la cabeza: la palabra "ser". O entonces pensaba..., ¿cómo decirlo? Pensaba la pertenencia, me decía que la mar pertenece a la clase de los objetos verdes o que lo verde es parte de las cualidades del mar. Aun cuando miraba estas cosas, estaba a cien leguas de pensar que existían; me parecían como una decoración. Las tomaba en mis manos, me servían de útiles, preveía sus resistencias. Pero todo esto pasaba en la superficie. Si se me hubiera preguntado qué era la existencia, hubiera respondido de buena fe que no era nada, justamente una forma vacía que venía a añadirse a las cosas desde fuera, sin nada cambiar en su naturaleza. Y después, he aquí que, de repente, se hizo claro como el día: la existencia se había revelado repentinamente. Había perdido su aspecto inofensivo de categoría abstracta; era la masa misma de las cosas, esta raíz estaba *amasada en la existencia*. O más bien la raíz, las rejas del jardín, el banco, la hierba rala del césped, todo esto se había desvanecido; *la diversidad de las cosas*, su individualidad, no era sino una apariencia, un barniz. Este barniz se había disipado, quedaban masas monstruosas y blancas, en desorden, desnudas en una extraña y obscena desnudez (...).

"Comprendí que no había medio entre la inexistencia y esta abundancia destemplada... Si se existía, era necesario existir *hasta allí*, hasta el enmohecimiento, la tumefacción, la desnudez (...).

"Eramos un montón de existentes enojados, molestos de nosotros mismos; no sentíamos la menor razón de ser ni los unos ni los otros; cada existente, confuso, vagamente inquieto, se sentía de sobra en relación con los otros. *De sobra*; era la *única relación* que podía establecer entre estos árboles, estas rejas, estos guijarros. Trataba en vano de contar los castaños, de situarlos..., de comparar su altura con la de los plátanos; cada una de estas cosas huía de las relaciones en que trataba de encerrarla, se aislaba y se escapaba. Estas relaciones (que me obstinaba en mantener para retardar el hundimiento del mun-

(5) Cf. *Kant und das Problem der Metaphysik*. V. Klostermann Verlag, Frankfurt, 1929.

do humano, medidas, cantidades, direcciones) sentía yo en su arbitrariedad; no morían ya sobre las cosas. De sobra, el castaño... Y yo—abúlico, lánguido, obsceno, dirigiendo, agitando sombríos pensamientos—, yo también de sobra... Soñaba vagamente en suprimirme, para aniquilar, al menos, una de estas existencias superfluas. Pero también mi muerte hubiera estado de sobra. De sobra, mi cadáver... Y mi carne carcomida hubiera estado de sobra en la tierra que la hubiera recibido, y mis huesos, en fin, limpios, mondos, hubieran estado también de sobra; yo estaba de sobra para la eternidad.

"Todo es gratuito; este jardín, esta ciudad y yo mismo. Cuando acontece que uno se da cuenta de ello, el corazón da un vuelco y todo comienza a vacilar...; he aquí la náusea."

Albert Camus mostró en todas sus obras de ensayo una preocupación obsesiva por el problema de la libertad. Véase, por ejemplo, *Le mythe de Sisiphe* (1942) y *L'homme revolté*. Y éste es asimismo el tema que confiere a sus obras teatrales, un aire de fuerte dramatismo. Recuérdese el siguiente pasaje de *Calígula* (1947):

"CALIGULA.—(Estallando, se arroja sobre el joven Escipión, lo toma del cuello y lo sacude.) ¿Soledad? ¿Acaso tú conoces la soledad? La de los poetas y la de los impotentes. ¿Soledad? Pero ¿cuál? Ah, no sabes que nunca se está solo. Y que a todas partes nos acompaña el mismo peso de porvenir y pasado. Los seres que hemos matado están con nosotros (...). ¡Solo! ¡Ah, si por lo menos en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía pudiera gustar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol! (Sentado, con súbito cansancio.)" (6).

La actitud inicial idealista de Gabriel Marcel sufrió un brusco cambio a partir de las experiencias profundamente humanas realizadas en el curso de la primera guerra mundial. El trato directo con los familiares de los desaparecidos y muertos en el campo de batalla le abrió los ojos al misterio de la vida irreductiblemente personal de los hombres, que no se reducen a meras cifras de fichero, objeto de cálculo y estadística, sino que son sujetos de un destino personal. Este proceso quedó historiado a lo largo de las páginas sinceras y dispersas del *Journal Métaphysique* (1927). Para aclarar este punto de vista era necesario averiguar el carácter ontológico del propio cuerpo: ¿Se tiene el cuerpo o se es el cuerpo?

(6) *Calígula*, acto II, escena XIV, pág. 90. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1957.

He ahí la dualidad decisiva del ser y el tener que ocupó la mente de Marcel en los años de redacción del diario *Etre et Avoir* (1935). La actitud del hombre ante los demás y ante Dios viene decidida por su voluntad de aceptar o rehusar la llamada personal que nos invita al diálogo: he aquí el tema de sus obras características: *Positions et approches concrètes du mystère ontologique* (1933), *Du refus à l'invocation* (1940), *Homo Viator* (1945), *Le mystère de l'être* (1951).

En una de sus más logradas obras—*Le mystère de l'être*—declara expresamente Marcel que el punto de partida de su especulación es formado de ordinario por un pasaje concreto de sus dramas:

"Procederé aquí, como lo hice ya en varias ocasiones, partiendo de uno de mis dramas, *Le Palais de Sable*, que me parece hoy ser una anticipación de todo el desarrollo filosófico que he seguido. Yo veo en él una experiencia interior privilegiada a partir de la cual los problemas aparecen en su agudeza y precisión más grande" (7).

En sus obras teatrales, la preocupación de no tratar al prójimo en tercera persona, como un él distante, provoca situaciones de gran tensión emotiva. Uno de los personajes de *Le Regard Neuf* dice a su padre respecto a su madre, a quien ha llegado a odiar:

"Ella no tenía ninguno de tus gustos, ninguna de tus curiosidades, ninguna de tus aptitudes. Ni conversación, ni siquiera esa vivacidad que puede engañar. Ni ese encanto un tanto envolvente que nos seduce de vez en cuando en las mujeres. Ni... ¡Ah! ¿Lo notas? ¡Yo hablo de ella en tiempo pasado, como si se tratara de una muerta! (Prorrumpiendo en sallozos) (8).

Al sorprenderse hablando objetivamente de quien le había dado el ser, se siente sobrecogido y sobresaltado:

"La verdad, Juana—dice Antonio en *Le Mort de Demain*—, yo se la voy a decir: lo que pasa es que para usted Noël no es ya más que un muerto; y ni siquiera es un muerto presente con el cual se mantiene uno en comunión, sino un tercero ausente, a propósito del cual se inquiere" (9).

Esta misma continuidad y tenacidad se observa en gran número de pensadores y eruditos actua-

(7) Aubier, 1951, vol. II, págs. 63-64.

(8) G. Marcel: *Trois pièces*. Plon, París, 1931, págs. 31-32.

(9) *Ob. cit.*, pág. 124.

les que sería prolijo enumerar. Basta aludir a ello para que el lector lo compruebe a base de sus conocimientos personales.

Esta lección de continuidad puede ser extraordinariamente provechosa para cuantos se consagran a la noble tarea de abrir nuevos caminos a la investigación en cualquier rama del saber humano.

Por lo que toca a la Arquitectura, no faltan en la actualidad ejemplos aleccionadores. Si se me permite aducir un caso concreto avalado por una valiosa distinción internacional, aludiré aquí al esfuerzo que viene dedicando el arquitecto español Rafael Leoz al estudio de lo que llama el módulo Hele, de cuya importancia plumas muy

autorizadas se han apresurado a dejar constancia. Sin duda alguna llegar a dar cuerpo a una primera intuición como ésta y desplegar todas sus implicaciones exige dedicación, tenacidad, sana confianza en sí mismo, espíritu de renuncia a cuanto interfiere los trabajos de investigación y un sin número de virtudes más. Pero a la larga el éxito viene a confirmar la idea de que en el hombre ser sometido al flujo temporal, insistir, es profundizar. Y en ciencia quien ahonda gana la batalla de hacer una obra perdurable.

No hay que temer repetirse, volver una y otra vez a la fuente de riqueza que es todo gran tema, enhebrar de nuevo el hilo de un mismo problema, si un afán inquebrantable de ahondamiento y progreso nos salva del riesgo siempre acechante de la rutina.

NOTAS DE ECONOMIA

José M. Bringas.

EL EFECTO IMPACTO Y EL EFECTO DURADERO: APLICACION AL CASO DE LAS VIVIENDAS DE RENTA LIMITADA GRUPO I

La actividad del hombre político se manifiesta en los más variados campos, dando lugar a actuaciones en política económica, política social, monetaria, sanitaria, etc. En su programa está la consecución de ciertos objetivos también de la más diversa índole, cual pueden ser, por ejemplo, el aumento de la renta nacional, pleno empleo, estabilidad monetaria, supresión de epidemias, etc. Para la consecución de estos objetivos o fines pone en práctica medidas cuya ejecución deberá dar los frutos deseados. Es facultad suya el elegir los fines de acuerdo con sus doctrinas. Por el contrario, es cometido del técnico no sólo analizar la compatibilidad de los distintos fines, sino también, caso de existir, dos objetivos incompatibles que por razones del momento interese mantener, propug-

nar las medidas adecuadas que eviten su neutralización. El político define objetivos, el técnico estudia la manera de poder alcanzarlos y propone unos medios entre los cuales puede el primero elegir aquel o aquellos más en consonancia con sus credos. Es frecuente no saber distinguir si un determinado objetivo entra en el campo de esta o aquella política, y ello es debido a la total interconexión que existe entre los campos de la economía. La redistribución de la renta puede ser un fin buscado por la Política económica, pero puede ser también el objetivo deseado por la política social. Por ello hay que pensar no sólo en la compatibilidad de los fines dentro de una misma rama de la Política, sino también en las distintas ramas de la misma. Dos fines de distin-